

**ESTADOS UNIDOS: BLACK LIVES  
MATTER Y LA REVUELTA DE LAS  
VIDAS QUE NO IMPORTAN.  
ENTREVISTA A SUSAN FERGUSON Y  
DAVID MCNALLY**  
Paula Varela

68



---

## ESTADOS UNIDOS: BLACK LIVES MATTER Y LA REVUELTA DE LAS VIDAS QUE NO IMPORTAN. ENTREVISTA A SUSAN FERGUSON Y DAVID MCNALLY

---

Paula Varela <sup>17</sup>

Susan Ferguson es Profesora Emérita en la Universidad Wilfrid Laurier en Ontario, Canadá, y una activa feminista marxista que se ha especializado en el estudio del trabajo que realizamos las mujeres en el capitalismo, particularmente desde la perspectiva de la Teoría de la Reproducción Social. Su último libro, lamentablemente sólo en inglés hasta el momento, fue publicado hace pocos meses por Pluto Press y se llama *Women and Work: Feminism, Labour and Social Reproduction* (2020). David McNally es Profesor Distinguido de la Universidad de Houston, Estados Unidos, y un “viejo” activista en los movimientos por la justicia social. Recientemente ha fundado, junto a colegas como Cinzia Arruzza y Tithi Bhattacharya, la revista *Spectre* (<https://spectrejournal.com/>) y ha publicado el libro *Blood and Money: War, Slavery, Finance and Empire*, de la editorial Haymarket Books (2020). Minuciosos seguidores y participantes de la actual ola de protestas lideradas por los negros luego del asesinato de George Floyd en Estados Unidos, aceptaron amablemente el convite de una entrevista para este primer número de *7 Ensayos* en la que hablan de quiénes son los que protestan, porqué lo hacen ahora, cuál es la relación con los movimientos sociales de la última década y cómo empalma esto con el surgimiento de un sector de jóvenes que apostó por “el bueno de Bernie y su socialismo”, y ahora se encuentra con el no tan bueno de Biden y sus espadeos (¿decadentes?) con Donald Trump. Por decisión de los entrevistados, las respuestas aparecen como producto de una opinión común.

**Una de las principales discusiones, que generaron las manifestaciones masivas luego del asesinato de George Floyd en Estados Unidos, fue acerca de quiénes eran los protagonistas de las protestas. Algunos hablaron de revueltas anti racistas, otros de rebeliones de una clase trabajadora multirracial encabezada por los negros, otros de protestas abolicionistas. ¿Cómo definirían ustedes estas revueltas y sus principales protagonistas?**

Cada una de esas formulaciones contiene un importante núcleo de verdad. De hecho, lo que estamos presenciando en este momento en Estados Unidos es una revuelta de una clase trabajadora multirracial. En muchas ciudades está liderada por los negros. En todos los casos está inspirada en los negros. La mayoría de la gente en las calles son jóvenes y de clase trabajadora. Pero también hay muchos que

---

<sup>17</sup> Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.



pertenecen a generaciones más viejas. Hay adolescentes, padres, abuelos, militares veteranos, sindicalistas. Una cosa une a todos estos participantes: la insistencia de que las vidas negras importan.

Para muchos observadores, lo más impresionante es la escala de la rebelión y su grado de apoyo popular. Según las encuestas, unos 26 millones de personas en los EE.UU. podrían haber participado directamente en el movimiento de protesta. Uno de cada cuatro jóvenes menores de 30 años dice haber asistido a una manifestación de *Black Lives Matter* (BLM) desde el asesinato de George Floyd. Y más de 2.500 ciudades pequeñas y grandes de EE.UU. han sido testigos de protestas de BLM. Durante las primeras seis semanas del movimiento, hubo un promedio de 140 protestas por día en distintos lugares de los Estados Unidos. Nada semejante a esto (si es que ha existido) se ha visto desde las manifestaciones por los derechos civiles y contra la guerra hace medio siglo o más. De hecho, este levantamiento es más grande, y es más multirracial que cualquier otra ola anterior de movilización contra el racismo en los Estados Unidos.

Además, el movimiento ya ha obtenido importantes victorias. Los monumentos a los líderes confederados han sido retirados en docenas de ciudades. Los funcionarios han acordado retirar la policía de las escuelas en varias ciudades y pueblos. Ya se han expulsado policías de tres escuelas de Chicago. Incluso el Pentágono ha dicho, desafiando directamente al Presidente Trump, que las banderas y símbolos confederados no pueden ser exhibidos en las bases militares. A pesar de estos logros, los organizadores han fijado sus metas mucho más alto. Y más importante aún, dondequiera que la gente esté en las calles, uno ve y escucha la demanda, "Desfinanciar la policía".

Esta demanda tiene sus raíces en décadas de activismo y formación llevada a cabo por los abolicionistas de la policía y las prisiones. Las que más y mejor han dado forma y desarrollado esta perspectiva abolicionista son las feministas de izquierda radical, como Angela Davis y Ruth Wilson Gilmore. Desde la aparición del BLM en 2014, el legado de estas referentes ha sido asumido por una nueva generación de activistas y militantes antirracistas que conciben, como parte central de su visión, la idea de que el abolicionismo es tanto un proyecto antirracista como anticapitalista.

La perspectiva abolicionista rechaza tajantemente toda noción de "reformular" la policía para hacerla más "responsable". Insiste en que la policía es un pilar institucional del capitalismo racial, el cual debe ser eliminado si queremos avanzar hacia la justicia. Para ello, los abolicionistas llaman a desarmar, desfinanciar y dismantelar la policía. La demanda de desfinanciamiento les permite destacar cómo millones -a veces miles de millones- de dólares podrían ser redirigidos a los barrios de la clase trabajadora y a las comunidades de color para financiar la educación, la vivienda, la atención sanitaria, los programas de alimentación y otros servicios vitales. Las demandas de clase y raza convergen así en las demandas abolicionistas de una sociedad sin pobreza ni violencia policial.

Algunos en la izquierda han argumentado que la demanda de desfinanciar a la policía podría "alienar" a la gente de la clase trabajadora de todas las razas de este movimiento. Sin embargo, no hay indicios de que esto sea así. La encuesta más reciente de Gallup (publicada el 28 de julio) indica que básicamente dos



tercios de las personas en los EE.UU. apoyan las protestas por la justicia racial, cifra que asciende a 87% en las personas menores de 30 años. En resumen, estamos ante un levantamiento multirracial de la clase trabajadora contra la violencia policial racista cuya perspectiva política está profundamente marcada por el abolicionismo negro.

**Es imposible no linkear este movimiento con la crisis desatada por el COVID-19. Sin embargo, ese link no es autoevidente en el sentido de que la brutalidad policial (incluyendo asesinatos) contra las personas negras (y no sólo contra ellos) es una constante en Estados Unidos. Lo mismo podría decirse de las tasas de pobreza en la comunidad negra. Todos esos signos inequívocos de racismo no comenzaron con el COVID-19, entonces ¿cómo puede explicarse la relación entre este levantamiento y la crisis del COVID-19? O dicho en otros términos, ¿por qué ahora?**

Tenés razón. Los negros y otros grupos raciales han sufrido durante mucho tiempo de manera desproporcionada la brutalidad policial y la pobreza. Y ha habido innumerables asesinatos policiales de hombres negros en particular en los EE.UU., así como tasas sorprendentemente altas de encarcelamiento entre los negros y los indígenas. Asimismo, los activistas antirracistas y abolicionistas han protestado durante años contra estos asesinatos y otros tratos deshumanizantes por parte del sistema de injusticia criminal, desde el levantamiento de una semana en Los Ángeles en 1992 (después de que un jurado se negara a condenar a los cuatro policías del Departamento de Policía de Los Ángeles que golpearon a Rodney King), a las recurrentes protestas y disturbios en Ferguson, Missouri, después del asesinato policial de Michael Brown en 2014, hasta los brotes de resistencia militante que se han producido tras cualquiera de los numerosos incidentes de disparos policiales a hombres negros desarmados en el pasado reciente.

Pero esta vez, con el asesinato de George Floyd, las protestas se han mantenido durante un período más largo y se han extendido internacionalmente a una escala que no habíamos visto antes. Y a la cabeza de estas protestas se encuentran las demandas abolicionistas radicales -específicamente la demanda de desfinanciar a la policía- que han ganado un nivel de legitimidad sin precedentes en la prensa convencional y entre muchos políticos locales. Estos elementos, que no se habían dado de este modo en el pasado, ponen de manifiesto la posibilidad de que esta resistencia liderada por los negros se convierta en un movimiento más generalizado y conscientemente anticapitalista.

Aunque sería ingenuo pensar que hay una sola causa para este cambio, la pandemia ciertamente ha creado condiciones que pueden ayudar a explicarlo. Para empezar, se vuelve evidente la naturaleza racista del sistema en su conjunto. Teóricamente es un virus que ataca "igualmente" a todos. Sin embargo, el Covid-19 ha tenido un impacto decididamente desigual, con negros y latinoamericanos de mediana edad que han muerto a una tasa seis veces mayor que la de los estadounidenses blancos. El Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades, que registra estas desigualdades, tiene claro por qué: "Las diferencias de salud entre grupos raciales y étnicos son el resultado de las desigualdades en las



condiciones de vida, de trabajo, de salud y sociales que han persistido a través de las generaciones". Es decir, el racismo está arraigado en las instituciones y relaciones que estructuran nuestra vida diaria, volviendo a los oprimidos "vulnerables a una muerte prematura", para citar a Ruthie Wilson Gilmore. La pandemia deja esto muy claro.

Entonces, otro policía mata a otro hombre negro en un momento en que la gente está cada vez más consciente y enojada por las consecuencias mortales de las desigualdades raciales. No es sorprendente que, en este contexto, puedan estar de acuerdo con los activistas que han estado argumentando que el problema no radica sólo en las acciones de los policías deshonestos o incluso en las fuerzas policiales locales particularmente desagradables o corruptas. Sino que reside en los sistemas políticos y económicos que organizan nuestras vidas de tal manera que el bienestar y la salud de las personas racializadas se ven comprometidos. En otras palabras, mucha gente está abierta a una crítica más radical de la policía y la sociedad porque la Covid-19 les ha enseñado que el racismo es un problema sistémico, estructurado en nuestro sistema social a través de las instituciones y de las prácticas que lo regulan.

Pero el vínculo entre la pandemia y la resistencia liderada por los negros no se debe sólo a la forma en que la Covid-19 pone de relieve estas desigualdades sistémicas. Igualmente importantes, si no más, son las respuestas de la clase obrera a la mala gestión de la pandemia por parte de la clase dirigente que hemos visto desde marzo. Éstas han sido cruciales para crear cierto sentimiento de que la resistencia es posible y puede ser efectiva. En la medida en que las clases dominantes en todas partes han fallado en la respuesta a la Covid-19 al no proteger a la gente (forzando a muchos a trabajar sin protocolos y equipos de seguridad adecuados, levantando prematuramente las medidas de cierre, proporcionando poca o ninguna compensación a los que son expulsados del empleo), en muchos casos los trabajadores y sus familias han tomado el asunto en sus propias manos. Algunos lo han hecho organizando redes de "ayuda mutua" para prestar servicios como el cuidado de niños para los trabajadores de hospitales y el reparto de comestibles para quienes estaban comprometidos inmunológicamente. Muchos han creado comunidades por internet para organizar la fabricación de tapabocas o para hacer llegar la música y el teatro a los hogares de la gente. Otros han hecho retroceder a los responsables de estas carencias de atención, enfrentándose a sus jefes y a los funcionarios locales de una manera más confrontativa. Se han hecho caravanas de automóviles rodeando las prisiones para llamar la atención sobre las altas tasas de infección y muertes por la Covid-19, los activistas por los derechos a la vivienda han hecho huelgas de inquilinos y han ocupado edificios vacíos, y los trabajadores asalariados han abandonado sus trabajos para protestar por las prácticas inseguras y exigir pago extra por peligrosidad y otras demandas. El número de huelgas en los Estados Unidos desde el comienzo de la cuarentena se ha disparado (sobre la base de lo que ya constituía la cifra récord de las últimas dos décadas de días perdidos por paros laborales en 2019<sup>18</sup>),

<sup>18</sup> Véase, la recopilación de datos de la Oficina de Estadísticas Laborales: <https://www.bls.gov/opub/ted/2020/25-major-work-stoppages-in-2019-involving-425500-workers.htm>



debido a que los trabajadores de Amazon, Whole Foods, Chrysler, McDonalds y decenas de otros lugares de trabajo se enfrentaron a sus empleadores.

Todas estas respuestas a la pandemia reflejan un nivel de autoorganización democrática de la gente que puede ampliar la percepción de lo que es posible y lo que no es posible lograr dentro del sistema capitalista, y lo que se necesita para crear un mundo compasivo que trate a todas las personas con humanidad. También pueden crear confianza en la capacidad de las personas para resistir a los que están actualmente en el poder, e inspirarnos a imaginar y desarrollar solidaridades y diferentes formas de emplear los recursos, formas que se centren en la satisfacción de las necesidades más que en la obtención de beneficios.

En resumen, la Covid-19 ha dejado claro que la violencia racial es sistémica y que es no sólo necesario sino posible enfrentar estas injusticias de forma abierta. En tales condiciones, lo que comenzó como una respuesta local antirracista a un nuevo asesinato policial a un hombre negro se ha convertido en un momento histórico que fomenta nuevas solidaridades y respuestas militantes a la injusticia sistémica. Lo que se desarrolle a partir de aquí sigue siendo una cuestión abierta. Pero, aunque sin duda habrá reveses y treguas, este momento tiene el potencial de impulsar un movimiento socialista y de clase más fuerte y más amplio que pueda poner a nuestros gobernantes neoliberales a la defensiva.

**Susan, vos sos una referente de la perspectiva de la Reproducción Social. Desde mi punto de vista, una de las mayores fortalezas de esta perspectiva es el modo en que permite entender y explicar la articulación entre género, clase y raza como intersecciones necesarias en las sociedades capitalistas. ¿Qué aporta la perspectiva de la Reproducción Social al análisis de este proceso?**

Esa es una pregunta muy amplia, pero haré referencia brevemente a dos ideas muy importantes que la Teoría de la Reproducción Social aporta para pensar este momento. En esencia, la Teoría de la Reproducción Social sostiene que, en las sociedades capitalistas, la creación de vida y la creación de capital o de valor se encuentran en una relación necesaria pero contradictoria entre sí. Es decir, el capitalismo requiere que los trabajadores (remunerados y no remunerados) produzcan vida (seres humanos), porque la creación de valor se basa en la explotación de la fuerza de trabajo que los humanos venden a los capitalistas. Pero el capitalismo no puede existir a menos que despoje a la gente de sus medios de subsistencia y reduzca continuamente los salarios y los servicios públicos de los que depende el trabajo de la creación de vida.

Esta contradicción entre la vida y la creación de valor se pone de manifiesto en la pandemia. La Covid-19 amenaza con eliminar la vida y, sin embargo, las cosas necesarias para salvar vidas (sistemas de salud bien equipados y dotados de personal completo, prácticas seguras para los trabajadores "esenciales" y las personas que viven en instituciones, financiación para los trabajadores desempleados, suspensión del



pago de alquileres e hipotecas) no sólo son costosas para el sistema, sino que, si se pusieran a disposición de todos los trabajadores, harían que la mano de obra explotable estuviera menos disponible. Por ejemplo: los trabajadores que no están obligados a pagar el sistema de salud o el alquiler durante una crisis tienen menos probabilidades de aceptar cualquier tipo de trabajo, especialmente aquellos trabajos riesgosos como los trabajos "esenciales" en tiendas de comidas, restaurantes, plantas empacadoras de carne, empresas de reparto, etc. Entonces, priorizar la creación de vida implica reducir la capacidad del sistema para aumentar continuamente la tasa de beneficios.

Debido a esta dinámica, lo que vemos que ocurre en la mayoría de las jurisdicciones durante la pandemia es una serie de medidas temporales destinadas a apuntalar la creación de vida de manera suficiente como para asegurar que el capital tenga los trabajadores que necesita hoy y en el futuro. Por muy radicales que sean estas medidas comparadas con las experiencias del pasado (hospitales improvisados, expansión masiva de los bancos de alimentos, envío de cheques de 1.000 dólares a todos los ciudadanos) en su mayoría son deficientes y, en su mayoría, dejan en manos privadas la responsabilidad de prevenir la infección. Aquellos que pueden permitírselo, se quedan en casa y se mantienen a salvo. Los que no pueden deben trabajar o arreglárselas con muy poco apoyo. Y, como vemos cada vez más, estas medidas excepcionales se enfrentan a las presiones provenientes de todas partes para "reabrir" la "economía". ¿Qué evidencia más clara puede haber de que la "economía" y la "vida" están en contraposición?

Que haya un patrón racializado en esta dinámica no es una sorpresa desde la perspectiva de la Teoría de la Reproducción Social. Eso es porque la tendencia capitalista a devaluar la vida siempre ha estado basada en el racismo, el patriarcado y otras opresiones. En la medida en que algunos migrantes, negros, indígenas, mujeres y otros pueden ser degradados y deshumanizados, sus condiciones de reproducción social pueden ser menos costosas y más reguladas. Las viviendas atestadas, las escuelas de mala calidad y la atención sanitaria más deficiente para los oprimidos reducen los costos generales para el capital, al tiempo que mantienen un conjunto de trabajadores que no tienen más remedio que trabajar por salarios bajos en condiciones peligrosas.

Durante la pandemia, vemos dos consecuencias mortales de estos patrones opresivos. En primer lugar, quienes han soportado condiciones de reproducción social relativamente precarias y más baratas tienen más probabilidades de sufrir una afección preexistente como diabetes o hipertensión, lo que les hace más propensos a sucumbir al virus. En segundo lugar, entre los pueblos oprimidos, las mujeres y las mujeres negras en particular han asumido históricamente la mayor responsabilidad en ciertas formas de trabajo remunerado de cuidado (devaluado y a menudo no regulado). Ambos grupos están representados de manera desproporcionada entre los trabajadores sanitarios de la primera línea y, como resultado, están expuestos de manera desproporcionada al virus. Lo que la Teoría de la Reproducción Social nos dice, entonces, es que el capitalismo no puede encontrar una salida a la pandemia sin intensificar los patrones racializados que recorren la contradicción entre la creación de vida y la creación de valor.



**Desde las primeras protestas después del asesinato de George Floyd a lo que sucedió luego con su expansión por todo el país e incluso en otros países, el movimiento de protesta ha ido cambiando sus formas de manifestarse y sus demandas. ¿Podrían describir la evolución del movimiento y los puntos de inflexión?**

Ha habido una variedad de puntos de inflexión en el movimiento, algunos de ellos impulsados por perspectivas políticas y otros por respuestas a la represión policial.

En primer lugar, lo que más llamó la atención de este levantamiento fue su tamaño y su diversidad. En una ciudad tras otra, un gran número de personas no negras se unieron a las protestas desde el principio. La ira y la militancia de las multitudes en las calles hicieron que, inicialmente, la policía y los funcionarios de las ciudades estuvieran a la defensiva. Las estatuas fueron derribadas y redecoradas, los coches de policía y las comisarías quemadas. Se crearon "zonas liberadas" en ciudades como Seattle y Nueva York. Muy rápidamente, las fuerzas policiales se reubicaron y se volcaron a la represión. Se desplegaron gases lacrimógenos, balas de goma, gas pimienta y el uso de vehículos de estilo militar en las calles. Aun así, el movimiento siguió creciendo.

La siguiente etapa -y esto llegó rápidamente- fue la expansión del movimiento a pequeños pueblos y ciudades históricamente conservadoras. En Memphis, Tennessee, seis chicas de entre 14 y 16 años organizaron una manifestación de BLM de 10.000 personas. En Texas, cientos de personas marcharon por las vidas de los negros en los pueblos que una vez fueron semilleros del Ku Klux Klan. Las protestas lograron un alcance social y geográfico sin precedentes. Este fue también el momento en que la demanda de "desfinanciar a la policía" se puso al frente de la lucha. Eso implicó un inmenso aprendizaje social de la mano de los militantes que pusieron en el centro del movimiento la política abolicionista (con todas sus implicaciones anticapitalistas). Como todos los grandes movimientos sociales, hay un proceso electrificante de educación política en marcha. El surgimiento del abolicionismo ha contribuido a un cambio significativo hacia la izquierda dentro del levantamiento.

Más recientemente, ha habido una intensificación de la policía militarizada dirigida por fuerzas federales especiales alistadas por la administración Trump. Estas fuerzas han utilizado disparos indiscriminados, escuadrones de secuestro que secuestran a la gente en las calles, y leyes antidisturbios como parte de los intentos de sofocar las protestas. Las fuerzas policiales locales o bien han cooperado con las fuerzas federales, como en Portland, o bien han imitado sus tácticas, como en Nueva York. Pero esta nueva fase sólo ha inspirado mayores estallidos de resistencia. En Portland, el "Muro de las Madres" fue un punto de inflexión clave. Los participantes se refirieron al agónico llamado de George Floyd a su madre cuando estaba siendo asesinado. "Todas las madres fueron convocadas cuando él llamó a su madre", dijeron. Y cientos de madres formaron un cordón frente a las fuerzas federales de Trump. Pronto, se les unieron los padres, muchos de ellos llevando palos de hockey con los que disparar botes de gas lacrimógeno a los





policías, o sopladores de hojas para devolverles las nubes de gas lacrimógeno. Luego vino un "Muro de Veteranos", cuando grupos de veteranos militares se unieron a las protestas en un esfuerzo por proteger a los manifestantes. Luego se hizo un llamado a un "Muro de los Sindicatos" de la resistencia, y decenas de activistas sindicales organizaron su participación en él. A medida que la lucha de resistencia crecía en las calles de Portland, pronto quedó claro que este último esfuerzo por aplastar el movimiento había fracasado.

Con una elección presidencial acercándose en otoño, sin dudas habrá esfuerzos concertados para acaparar este movimiento y metabolizarlo en la política electoral. Pero hasta ahora, el levantamiento ha tendido a la izquierda y ha formulado demandas que no son fácilmente cooptables.

### **Una de estas demandas es la de "desfinanciar la policía". ¿Cuál es debate que esta demanda abre en el activismo?**

Como hemos mencionado, la creciente importancia de la demanda de desfinanciar a la policía representa una radicalización del movimiento. Sin embargo, es importante comprender que el abolicionismo ha ido creciendo, especialmente entre los activistas antirracistas, desde la aparición del movimiento Black Lives Matter en 2014. Lo que ha hecho el actual levantamiento es permitir que la demanda abolicionista de desfinanciar a la policía sea escuchada por millones de personas.

Esta demanda divide a los radicales de los liberales. Estos últimos están haciendo todos sus esfuerzos para reorientar el movimiento hacia la idea de "responsabilidad de la policía". Pero los abolicionistas se resisten a este cambio porque entienden a la policía como una institución cuyo objetivo es hacer cumplir violentamente los regímenes de propiedad y castigo capitalistas. Con este fin, reprimen especialmente a los sectores más excluidos de la clase trabajadora, los pobres y los trabajadores de color. Esto no es el resultado de políticas equivocadas: es su propósito principal. Por lo tanto, los abolicionistas argumentan que no puede haber fin a la violencia contra la clase obrera y la gente racialmente oprimida mientras tengamos policía. Si queremos avanzar hacia un orden social más justo, equitativo y no violento, necesitamos abolir la policía. Y eso comienza con la desfinanciación de la misma.

En otras palabras, el llamado abolicionista a desfinanciar la policía plantea profundas preguntas sobre la naturaleza de nuestra sociedad. Desafía los fundamentos raciales y de clase del capitalismo. Y pide que se tomen los fondos que antes se gastaban en la policía y que se reinviertan en mejorar la reproducción social, en la vivienda, la educación, la salud, etc.

Por eso, la demanda de desfinanciar a la policía promueve una política de anticapitalismo militante. No sólo apoya la acción directa militante, como la quema de patrulleros y comisarías. También proyecta una visión de una sociedad más allá del capitalismo racial, y al hacerlo promueve la perspectiva de un socialismo antirracista. Es por eso que los liberales quieren reencauzar el movimiento. Y es por eso mismo



que la izquierda radical necesita apoyar las demandas abolicionistas como parte integral de la lucha socialista de hoy.

**Si miramos la situación actual con lentes de mediano plazo, se vuelve evidente que los Estados Unidos han vivido dos crisis profundas en muy poco tiempo. La crisis de 2008 que generó el movimiento Occupy Wall Street como su principal emergente; y la crisis actual, acelerada por la COVID-19 que coloca en la agenda pública cuestiones como el desempleo, la precarización laboral (por ejemplo de los “trabajadores esenciales”) e incluso la oposición entre obtención de ganancias y cuidado de “la vida”. Todas cuestiones que son “problemas de la clase trabajadora”. ¿Consideran que estamos ante el comienzo de un nuevo ciclo de luchas de trabajadores?**

La evidencia sugiere de manera contundente que estamos en los inicios de un nuevo ciclo de huelgas de trabajadores. La primera expresión importante después de la crisis financiera mundial de 2008-9 vino con la huelga de maestros de Chicago de 2012. No fue solamente una huelga que involucró a decenas de miles de trabajadores, sino que también tuvo un apoyo masivo entre la gente trabajadora de la ciudad. Además de eso, fue una victoria, algo que los trabajadores de los EE.UU. han visto muy poco en mucho tiempo. A esto le siguieron las huelgas de maestros de 2018 en los "estados rojos" [estados republicanos] en West Virginia, Oklahoma y Arizona. En estos casos, los trabajadores que la mayoría de las veces no tenían derecho legal a la huelga, demostraron que podían emprender acciones colectivas y ganar. Al año siguiente, los maestros de Los Ángeles y Chicago realizaron poderosas huelgas que también lograron que sus demandas antirracistas salieran victoriosas.

Los maestros -trabajadores que están centralmente comprometidos en la reproducción social- han sido los impulsores más importantes del resurgir de la huelga en los Estados Unidos. Pero otros grupos, especialmente los trabajadores de almacenes de distribución [Amazon, etc.], los trabajadores de transporte y los empleados de hoteles y restaurantes de comida rápida, también han empezado a organizarse y a realizar huelgas. Durante la pandemia, se les han unido enfermeras y otros trabajadores de la salud, principalmente en luchas para exigir equipo de protección personal [Personal Protective Equipment PPT] en el trabajo. Es significativo que muchas de estas acciones sean huelgas salvajes, es decir, huelgas que no están legalmente autorizadas. Todo esto refleja un creciente enojo y radicalidad entre los trabajadores de base.

Por supuesto, los Estados Unidos aún no han visto el tipo de huelgas masivas que presenciamos el año pasado en países como Chile, Francia y Colombia. Pero después de cuatro décadas de retrocesos y derrotas, la clase obrera multirracial en los Estados Unidos está una vez más en movimiento. La resistencia en las calles está alimentando la resistencia en los lugares de trabajo. Y si quienes defienden una perspectiva socialista ayudan a construir y fortalecer el movimiento huelguístico, podría contribuir en gran medida al crecimiento de una política y un activismo de izquierda radical en los Estados Unidos.



**Varias veces durante la entrevista han hecho referencia al “socialismo” o a una “perspectiva socialista”, un término que en Argentina no es parte del debate político actual. Sin embargo, en los Estados Unidos, en los últimos años ha habido una suerte de reverdecer, sobre todo entre los jóvenes, de sectores que se reivindican socialistas o defienden una perspectiva socialista (por más polisémico que puede ser el término). La nominación de Bernie Sanders fue una expresión de esto. ¿Cuál es la relación entre este escenario político (y político electoral) y el escenario de luchas sociales de las que venimos hablando? Dado que Bernie Sanders se bajó de su postulación y apoyó la candidatura de un “conservador” como Joe Biden para enfrentar a Trump, ¿cuál creen que será la expresión de este movimiento de lucha en el terreno político?**

Cuando Bernie Sanders se postuló por primera vez para la nominación presidencial del Partido Demócrata en 2016, vimos una oleada de entusiasmo por la política de izquierdas que no se veía en EE.UU. desde la Nueva Izquierda de los años 60 y 70. Por supuesto, Sanders no creó esta ola de entusiasmos socialista. Se había desarrollado a partir de una serie de luchas sociales desde 2008: el movimiento Occupy Wall Street, Black Lives Matter, la huelga de maestros en Chicago en 2012, el movimiento de solidaridad con Standing Rock, el surgimiento de #MeToo, y así sucesivamente. Pero lo que sí hizo la campaña de Sanders fue darle a este renovado interés en el socialismo un cierto punto de referencia a nivel de la política de masas. Decenas de miles de personas, particularmente jóvenes, se sumaron a su defensa de los principios y políticas del "socialismo democrático". Tras décadas de un neoliberalismo mezquino y pobre, la plataforma de Sanders contra la austeridad y a favor de que los ricos paguen les ofreció una forma de encauzar la ira y la frustración, y les ofreció una esperanza de que la vida y la política pueden llegar a ser algo más, algo mejor. Aunque se puede demostrar fácilmente que la política de Sanders es básicamente socialdemócrata, su uso del término socialismo ha popularizado la idea.

Muchos de sus partidarios entraron en el Partido Socialista Democrático de América (DSA), una organización que opera tanto dentro como fuera del Partido Demócrata. Con la formación de filiales locales en todo el país, el número de miembros del DSA aumentó de seis o siete mil a 70.000 en la actualidad. Muchas de las filiales están dirigidas por activistas que tienen sus orígenes en diversas comunidades y en la lucha y organización por la justicia social. Pero la organización no es en absoluto todo lo diversa que necesita ser, y algunas filiales están demasiado concentradas en la política electoral. Mientras que miles de miembros de la DSA han participado en la reciente revuelta en defensa de las vidas negras, la organización a nivel nacional no ha tenido la orientación de comprometerse totalmente con la construcción de un movimiento anti-racista radical y masivo en los EE.UU.

El levantamiento actual liderado por los negros no surge directamente del trabajo del DSA ni de la campaña de Bernie. Por un lado, la dirección nacional del DSA está insuficientemente orientada hacia la lucha antirracista y no ha logrado atraer hacia la organización a suficientes sectores de militantes



antirracistas y abolicionistas. Eso no quita que muchas de las filiales locales más activas se hayan involucrado con el levantamiento y estén comprometidas con sus objetivos y sus acciones.

Dicho esto, aunque no puedan rastrearse fuertes vínculos organizativos, muchos de los jóvenes movilizados por la campaña de Sanders han salido a apoyar las manifestaciones del BLM. Y en algunos casos, la educación política que recibieron dentro del DSA (algunas de cuyas filiales, por ejemplo, organizaron reuniones sobre "el fin de la policía") sin duda les ha ayudado a ver la importancia y el significado del momento actual. Es más, el mismo Sanders habló de ciertas cuestiones que se superponen con los temas que BLM destaca. Lo vimos en una de sus últimos actos de campaña en Houston, donde la multitud rugió de aprobación cuando habló de las libertades y derechos reproductivos de las mujeres trans e inmigrantes. Eso mostró que sus partidarios se preocupaban por algo más que simples asuntos de justicia económica. Estaban muy interesados en que se abordaran las injusticias raciales, de género y de sexualidad. Sin embargo, el propio Sanders se ha diferenciado de la demanda de desfinanciar a la policía, proponiendo incluso un aumento de los salarios de los policías. Está claramente desfasado respecto de esta nueva radicalización que pone en evidencia los límites de su electoralismo socialdemócrata. Por mucho que su campaña haya jugado un papel positivo antes, Sanders está siendo dejado de lado por el movimiento más radical y militante que ha tomado forma a través de la protesta masiva en las calles.

